

...
KALIXTI
EL ENIGMA DE LAS
SIETE ESTRELLAS



LA LLAVE DEL AMANECER

PEDRO TERRÓN



El 23 de octubre de 1702, en plena ría de Vigo (España), sucedió la famosa batalla de Rande. Un choque encarnizado que finalizó con numerosas bajas, la Flota de Indias perdida por completo y un naufragio legendario. Los vencedores de la contienda cargaron todo el oro y riquezas que encontraron en uno de los galeones capturados, su nombre: Santo Cristo de Maracaibo. Fue entonces cuando el destino también quiso combatir y lo hizo en su contra. Un inesperado revés causó una herida mortal en aquel mítico navío que acabó sumergido en el Océano Atlántico. Allí reposan sus toneladas de oro y misterios aún por desvelar. Una pléyade de investigadores han tratado inútilmente de hallarlo. Ese mismo destino quiso guardar sus restos celosamente... hasta hoy. La cómoda carrera de Dámeris Bossy, arqueóloga del Orlando Museum of Art (EE UU), sufrirá una profunda transformación al hallar un antiguo manuscrito escondido en una pieza de cerámica. Guiada por esa ignota crónica del siglo XVIII, emprende una impredecible búsqueda hacia una época de nuestra historia cuajada de conflictos, galeones... y estrellas. Un viaje que le obligará a leer en la memoria de su corazón hasta reencontrarse con Anur: el fascinante guardián de un antiguo secreto. Un recuerdo que penetrará en la más tupida selva venezolana, revelando la verdadera naturaleza del amor y la lealtad.

Quiero darle las gracias a «ellos»,
donde quiera que estén.

A Luis Valero de Bernabé por descubrirme
el galeón Santo Cristo de *Maracaibo*. Su pasión al relatar
aquella odisea me animó a escribir esta historia.

A Fernando Marañón mi maestro de tinta china
y el mejor abrillantador de estrellas de esta parte del
Universo.

A Marta Gala, Laura Marigil y Oscar Serrano
por sus inolvidables *brainstormings*.

PRÓLOGO

En la literatura como en Kalixti nada sucede por casualidad. Los escritores y su producción son hijos de un tiempo concreto en el que la información, la cultura y el entretenimiento se trenzan de una manera específica. Han transcurrido dos siglos desde la aparición de la novela por entregas, un siglo desde la invención del cine y medio desde la llegada de la televisión. La industria del entretenimiento ha evolucionado hasta extremos jamás conocidos. Cualquier producto cultural puede derivar en película, videojuego, parque temático o las tres cosas a la vez.

En ese contexto, escribir una nueva epopeya en la que la eterna lucha del bien contra el mal recorre toda una saga plagada de personajes y escenarios sin ser tachados de oportunista, imitador o fenómeno de *marketing*, haciéndolo de forma original sin lucir siquiera un prometedor apellido anglosajón, es algo que no está al alcance de cualquiera. Pedro Terrón ha saltado a la arena para intentarlo y a fe que le sobran ideas, empuje y talento para alcanzar su objetivo.

Kalixti es una historia nueva llena de antiguas historias, un combinado explosivo y altamente recomendable que reúne aventura, misterio, magia, romance, amistad, ciencia ficción y un sinfín de cosas más. Pero, sobre todo, es un entretenimiento puro, potente, para lectoras y lectores —avezados o no— de edades comprendidas entre los quince y los cien años. El mérito de Kalixti reside precisamente en recoger los ingredientes que han hecho de la literatura de evasión uno de los géneros más queridos por el público de

todo el mundo y crear con ellos un nuevo puzle literario en el que todo encaja, engancha y divierte.

Kalixti podría ser un cómic de culto, una serie de televisión adictiva, un juego en red o una saga made in Hollywood. Kalixti tiene algo de todo eso porque Pedro lo ha querido así. Para bien o para mal, algún día tenía que aparecer un escritor en lengua española que tuviese en cuenta los fenómenos de ocio masivo de la realidad en que vive, para filtrarlos con habilidad y ponerlos de su parte con la sana intención de entretener, pero también con vocación de estilo, sin dejar nada a la casualidad.

El primer volumen de la saga tiene como narrador a su personaje central: Runy, el chico de Ibiza, un chaval de veintipocos años, un joven simpático e impulsivo al que es fácil imaginar leyendo cómics y jugando con la videoconsola mientras salta de un negocio en otro, se casa a primera vista y mete a su amigo de toda la vida (el divertido Jorge) en toda clase de empresas descabelladas, buscando sin cesar, buscando siempre sin saber bien qué. Runy es un personaje rabiosamente actual, un Peter Pan de la era internet. Pero además es un clásico, aunque él no lo sepa. Un tipo poco dado al análisis que avanza como un tornado dispuesto a encajar cualquier giro de su destino sin descomponerse, un amante del riesgo. En definitiva, un héroe de los de siempre, de los que viven la aventura como algo natural, porque así también es su naturaleza, aventurera.

La primera novela adopta el desparpajo de su protagonista: que nadie espere algún alarde expresivo en boca del chico de Ibiza. Su forma de contar es la de un aficionado a las películas de acción, a los cómics de superhéroes, al submarinismo, a la velocidad. Una apuesta arriesgada que, al mismo tiempo, es su gran hallazgo. La saga de Kalixti está contada por diferentes voces y cada una de ellas tiene su timbre.

Para paladear otro estilo de narración más mesurado, más reflexivo o más técnico hay otros personajes, en este

mismo volumen y en otras novelas de la saga.

Para descubrir una sensibilidad distinta, una voz más dulce, está la protagonista de este nuevo título: Dámeris, la de los ojos verdes, la joven que partirá en busca de La llave del amanecer.

La historia que tienes en tus manos, lector, comienza como tantas otras: con el hallazgo de un misterio del pasado que desencadena al mismo tiempo una búsqueda y una persecución.

Hasta aquí nada nuevo. La novela de aventuras tiene sus códigos y es lícito aprovecharlos. Pero La llave del amanecer no es solo una novela de aventuras. No hay nada en ella que sea fruto de la casualidad.

Cuando te has acomodado en un relato lineal de consignas ya transitadas, un giro sorprendente te conduce a Kalixti y todo cobra una nueva dimensión: empieza un viaje iniciático para la protagonista y para el propio lector, una experiencia fascinante que arranca a lomos de un caballo alado, continúa con una ciudad submarina única en el mundo y culmina en el corazón de la selva venezolana, donde dos almas gemelas de culturas opuestas descubren la verdadera naturaleza del amor y la lealtad.

Entonces, cuando la protagonista del relato y el propio lector creen haber colmado sus expectativas con la aventura del guardián del amanecer —el mejor personaje de la novela— la historia regresa una vez más a Kalixti, a la búsqueda del verdadero tesoro, al eje de la saga... y a Runy.

La aventura continúa, los héroes vuelven a la carga, la memoria fluye como un antídoto, el mal acecha en la sombra y la pasión —esa estrella alrededor de la que todo gira— asoma, se oculta y espera.

¿Acaso no es lo que realmente importa? ¿Todavía crees que las cosas ocurren por casualidad?

MARAÑÓN

1

PIEL DE ROBLE

Las cuadernas de madera intentan descansar, poco a poco van recuperando la calma. Ya no tienen que soportar el espanto de crujir bajo las sacudidas de los cañones escupiendo fuego y muerte. Atrás quedó la batalla. Ahora solo sirven de escolta a un altivo galeón, un poderoso navío orgulloso por sus cuarenta metros de eslora, por las mil toneladas que es capaz de engullir y por sus enormes castillos de proa y popa. Su nombre: Santo Cristo de Maracaibo.

Los años pasaron por él y curtieron su piel de roble, pero no han conseguido cambiar un ápice sus ganas de sentir la fuerza del viento soplando en las velas, ni doblegar su intrépido espíritu aventurero. Como antaño, sigue considerándose muy afortunado por cruzar el Atlántico gozando la bravura de sus aguas.

Pero hoy no es un gran día para él. Pocas jornadas atrás, sufrió los desastres de una guerra. No era su propósito, pero se vio enzarzado en una despiadada lucha de hombres armados con banderas, ambiciones y pólvora. El valioso cargamento que lleva en sus entrañas lo convirtió en pieza codiciada para el enemigo.

Los barcos no entienden de guerras ni bandos. Él se siente feliz cargando mercaderías y siendo testigo mudo de algún que otro romance entre los pasajeros, tal como acaba de suceder en su última travesía transatlántica. Quizás por eso no comprende ni acepte las luchas de poder que siempre acaban en mortificantes combates tan dolorosos como el que le ha tocado vivir.

El galeón con alma de roble, sin proponérselo, ha sido protagonista destacado en la famosa batalla de Rande, en plena ría de Vigo. Un trágico acontecimiento del que guardará un pésimo recuerdo. Sus magníficos castillos quedaron maltrechos; uno de los mástiles acabó hecho astillas; la cubierta y una parte de estribor, quemados a consecuencia de varios incendios y, en babor, unos cuantos boquetes de respetable tamaño recuerdan el mal genio de algunos cañones de bronce empeñados en hacerle naufragar.

Sin embargo, a pesar de las heridas, mantiene fuerzas suficientes para seguir navegando, y se puede dar por contento, es uno de los pocos supervivientes de la contienda. De los cuarenta navíos que conformaban la flota, solo trece quedaron en pie —todos ellos fueron hechos prisioneros—, el resto se hundió bajo las frías aguas de la costa norte española.

Al vencido galeón solo le queda el consuelo y privilegio de ser la nave en la que los vencedores guardaron la mayor parte del botín conquistado. Sus bodegas, llenas a rebosar, protegen un fabuloso tesoro de incalculable valor.

Preciadas mercaderías como índigo, maderas nobles, bálsamos exóticos, pieles o tamarindos ocultan una verdadera montaña de perlas y piedras preciosas: amatistas, esmeraldas, ámbar gris y hasta diamantes limpios como la luz.

Acompañando a estas joyas viajan extraños objetos y obras de arte de incomparable belleza y valor que pertenecen, desde tiempos inmemoriales, a culturas milenarias. Piezas únicas que apenas son la punta de un iceberg sobre el que reposa una auténtica mina de metales preciosos: cientos de toneladas de plata, oro y joyas.

La mañana, fría y gris, augura un mar cada vez más embravecido. En popa, una bruñida campana repica con ahínco cumpliendo alguno de los recordatorios diarios para la tripulación. Sobre la quemada tablazón de cubierta, el capitán en funciones otea con la mirada perdida en el horizonte. Su mente sigue anclada en el implacable asedio, en la

terrible batalla, en la aplastante victoria. Poco imagina su próximo destino.

Un destino que puede resultar tan peligroso como la última acción militar.

El dolorido galeón, cargado hasta sus límites, aguanta estoicamente el envite de las olas. Lastrado por el voluminoso y aplastante cargamento, la quilla es forzada a desplazarse varios metros bajo el mar. Para su desgracia, los marineros que le obligan a llevar un rumbo desconocido no conocen los fondos marinos de las costas cercanas, De repente, la mañana se hiela con un escalofriante crujido. Una inesperada ola levanta el galeón para hundirlo seguidamente de proa. Al descender de manera tan brusca, las garras de un inoportuno arrecife destrozan parte de la quilla y abren un tremendo agujero en el casco. El golpe ha sido duro y certero. Esta vez la herida es profunda. Muy profunda.

El navío, herido de muerte, intuye que le queda poco tiempo para disfrutar el aire que resopla en las velas. Sus nuevos inquilinos desconocen el alcance de la tragedia.

—¿Quién es el inútil que está en la cofa de mayor? —El capitán se desgañita mirando hacia el vigía.

—Creo que estamos en una zona de arrecifes —vocea un joven marino desde la punta más alta del barco.

—¡Oficial! Cambie inmediatamente a ese botarate y ponga a alguien competente. Y mande a sus hombres que averigüen si hay daños. ¡Rápido!

El marino escapa raudo a cumplir las órdenes mientras el capitán queda en su puesto aguardando una respuesta que conoce de antemano. El quejido del galeón fue demasiado elocuente.

—¿Dónde está el teniente Sheman? —vuelve a aullar.

—Aquí, señor.

—Arrien velas, echen anclas y reúna a todos los mandos en el puente. ¡Vamos, muévase!

El veterano capitán es un mando disciplinado, aunque seco y autoritario. En estos momentos va a serlo mucho más. Lleva más de veinte años en la marina y su hoja de servicio está impecable, solo pensar que puede perder un navío tan valioso, ocasiona que su bilis se revuelva amargando en las entrañas. Sabe que tiene a su cargo el botín conseguido en la sangrienta batalla: un tesoro de incalculable valor. Su pérdida supondría una victoria sin frutos, casi una derrota, y no está dispuesto a echar por la borda toda su carrera.

Tras un instante de incertidumbre se reúnen los oficiales para informar sobre las últimas novedades.

—Señor, varias tablas del pantoque de babor están destrozadas, no pudimos repararlas desde dentro porque se encuentran debajo de toda la carga. Lo intentamos por fuera y tampoco fue posible, el boquete llega hasta la misma quilla, está a mucha profundidad y es demasiado grande como para realizar una reparación de emergencia en mar abierto.

—¿Tenemos tiempo de volver a puerto?

—Mucho me temo que no, señor. Además, seguimos con problemas de estabilidad porque la carga se desplazó peligrosamente.

Al capitán le ha cambiado la expresión del rostro, sabe que el naufragio es inevitable. Un sentimiento de rabia e impotencia corroe sus intestinos. Está tan alterado que no es capaz de sentir el nudo asfixiante que le oprime la boca del estómago.

—Tenemos que rescatar todo el botín. Insisto: todo el botín. No voy a consentir que quede en este maldito barco ni una sola onza de oro —dice golpeando amargamente sobre la mesa. Con los ojos inyectados en sangre se dirige a todos los presentes mostrando una mirada cercana a la locura—. Que toda la tripulación se ponga a trabajar ahora mismo. Teniente, envíen señales a los buques más cercanos

para traspasar la carga a sus bodegas. ¡Pónganse en marcha! ¡Rápido! ¡Rápido!

Las jarcias que sostienen las velas se aflojan con maestría. El galeón aminora la marcha y comienza a sentir el salado lastre que va entrando por su costado.

A cierta distancia y escoltando al fastuoso tesoro, los vencedores han dispuesto una poderosa flota de barcos de guerra armados con cientos de cañones. Todavía altaneros por el triunfo logrado, ignoran el desastre que les acecha.

Por babor y estribor varios marineros hacen aspavientos con sus aparejos para transmitir la alarma y la urgencia del salvamento. Los buques más próximos se dan cuenta enseguida y tratan de iniciar las maniobras necesarias para ir en su ayuda. No será fácil guardar en ellos la preciada mercancía; son barcos bien pertrechados para el combate pero presentan poca solvencia para el rescate y almacenamiento, no disponen de espacios apropiados.

En pocos minutos, el galeón al completo se ha convertido en un hervidero de hombres afanándose en recuperar todo lo posible.

Para hacer más ardua su tarea, la lluvia comienza a caer.

Mientras las bocanadas de mar siguen entrando cada vez con más fuerza en las bodegas, la tripulación va acumulando sobre la cubierta una parte de sus riquezas: cacao, valiosas obras de cuero, lana colorada, jengibre y lujosas cuberterías. Se trata del botín guardado en los compartimentos más altos.

Las piezas sufren las inclemencias del tiempo. La lluvia arrecia y las gotas van empapando poco a poco las delicadas telas y las maderas nobles que se amontonan sin orden ni control.

Una hora después del accidente aumenta el desconcierto, los mandos se esfuerzan inútilmente en dar las órdenes necesarias para rescatar todo lo que tenían previsto. Tarea casi imposible; el agua ya cubre una parte importante de las enormes bodegas.

Los intrépidos marinos luchan con denuedo frente a los elementos. Hace tiempo que tienen las manos y los pies amoratados y doloridos debido a la fría temperatura del agua. La mayoría sufre calambres en unos dedos que ya comienzan a moverse con dificultad; sin embargo, la tensión del momento y las órdenes de los superiores les obligan a continuar sin protestas. Trabajar con las ropas encharcadas resulta difícil, y los más débiles comienzan a desfallecer.

—¡Vamos! ¡Vamos! Ese cabrestante tiene que girar más rápido y con más fuerza —grita uno de los oficiales.

Conforme pasan los minutos, el cansancio y la confusión hacen mella en los esforzados trabajadores. A pesar de todo, los navíos que servían de escolta han empezado a guardar los primeros bultos rescatados y garantizan a la tripulación un salvamento más o menos seguro.

—Capitán, ya hemos sacado casi toda la mercadería, pero las piedras preciosas, los doblones, el oro y la plata están abajo del todo, y el agua está empezando a cubrir toda esa parte.

—¡Quiero que lo recuperen todo como sea! Ordene que se trabaje sin descanso. ¡Hagan lo imposible! Queda muy poco tiempo para que nos trague la mar. ¿Sabe lo que eso significa?

Una mirada fuera de razón insinúa las cabezas que pueden rodar. El desahuciado capitán empieza a valorar la magnitud del desastre. Sabe que la parte más pesada y valiosa no podrá ser rescatada. De momento le resulta imposible hacer una valoración de las pérdidas, pero reconoce que serán cuantiosas. Su mente, abrumada por la situación, se plantea la posibilidad de no abandonar la nave y hundirse con los restos del tesoro. Sentado en una silla queda abatido, muerto en vida.

En las bodegas, la situación es tan dramática que muchos de los marineros corren gran peligro. Varios de ellos arrancan los tesoros al mar con desesperación, siguen afe-rrados a la idea de guardar todo cuanto sea posible entre

las ropas. El ansia por enriquecerse los transforma, no son conscientes de que se están jugando la vida.

Los relucientes lingotes se van cubriendo de agua salada. Sin que nadie pueda remediarlo siguen su camino hacia un fondo oscuro y silencioso.

El amasijo de hombres lucha por hacerse con una porción por pequeña que sea. Sin embargo, la fabulosa riqueza parece burlarse de ellos hundiéndose a un ritmo creciente bajo las aguas. Algunos llevan tanto peso que difícilmente pueden nadar, pero los brazos se niegan a soltar tan valioso lastre, no quieren dejar escapar la oportunidad de esconder un trozo de metal que les haga ricos.

El capitán tiene otros pensamientos. Acaba de abandonar la nave y su alma. Moralmente tan hundido como su barco, dejó atrás al enorme galeón justo cuando la bodega central, la que esconde la carga más preciada, comenzó a ser engullida por el océano. Apenas faltan unos segundos para que la luz abandone los amplios compartimentos; mientras tanto, los últimos hombres, los más avariciosos, intentan salir atropelladamente.

El barco se está sumergiendo en las frías aguas con una veintena de tripulantes buscando con desesperación una vía de escape. Los que estaban más cerca de la salida, tras un esfuerzo titánico, logran huir buceando hasta el límite de sus fuerzas. Otros han tenido que lanzar sus pequeños tesoros en el último momento para poder nadar y salvarse. Los más rezagados corren peor suerte, quedan atrapados bajo los gruesos tablones. La luz casi ha desaparecido y la impotencia les domina porque no son capaces de avanzar a la velocidad que necesitan. Aunque nadan con ardor, no encuentran hueco por donde escapar. El oxígeno se les acaba. Los pulmones piden aire, pero ya solo respiran agua de mar.

Demasiado tarde para diez navegantes que acompañan a la tumba a este coloso con piel de roble. La avaricia pue-

de ser muy cara. Triste final para alguien que muere con los bolsillos llenos de un oro que jamás disfrutará.

2 ORLANDO, FLORIDA (EE. UU.)

FEBRERO DE 2003

Hace un día fantástico. Temperatura ideal, mi sol radiante y una cálida brisa me acarician la piel. La mañana perfecta para pasear por el mejor barrio residencial de la ciudad.

Cómo me gustaría tumbarme en esa mullida y perfecta alfombra verde que queda a mi derecha. Vaya jardines que disfrutaran algunos privilegiados. Me encantaría vivir con John en una de estas enormes casas.

Ya, ya, supongo que te estarás preguntando quién es John. Pues un hombre al que —si fueses mujer— te describiría como alto, guapo y detallista; al que —si fueses hombre— te describiría como un buen tipo; y al que —si fueses mi madre— te presentaría como el novio más distinguido que he tenido hasta la fecha.

¿Que quién soy yo? Perdona por no haberme presentado, soy Dámeris Bossy. Y resulta difícil escoger atributos con los que describirme a mí misma, sea quien sea el lector de estas páginas. Digamos, sin orden de preferencia, que tengo una larga melena de cabellos negros, veinticuatro años, un carácter soñador pero ordenado, los ojos muy verdes, una personalidad mestiza entre latina y sajona, un buen empleo, tres kilos sobre el peso ideal y el pecho con